

LOS AMBIENTES DE CLASE COMO ELEMENTOS DETERMINANTES EN EL APRENDIZAJE

Felisiano Jaimes Ortega¹

E- mail: chanoja2015@gmail.com

ORCID:0009-0001-1845-7370

Institución de dependencia: Institución
Educativa Fray José María Arévalo
Colombia

Sindy Lorena Serrano Salazar ²

E-mail: sindy05serranos@gmail.com

ORCID:0009-0000-1811-8347

Institución de dependencia: Institución
Educativa San Miguel
Colombia

José Isaid Herrera Sanguino³

E- mail: joseisaidhs84@gmail.com

ORCID: 0009-0005-1407-0522

Institución de dependencia: Institución Educativa San Sebastián
Colombia

RESUMEN

El aprendizaje como un proceso humano, se caracteriza por ser un sistema complejo, donde intervienen diversos elementos, en su mayoría se derivan de la acción docente como gestor de oportunidades y en este caso específico, de los espacios de clase, siendo uno de los principales factores que propician o dificultan el proceso de enseñanza y aprendizaje. Partiendo de esto, el presente artículo en la modalidad de ensayo, se planteó como objetivo propiciar una reflexión literaria sobre los ambientes de clase como elementos determinantes en el aprendizaje de los estudiantes. Se apoyó en la metodología hermenéutica desde donde se exponen diferentes puntos de vista en torno al objeto. Se destaca como hallazgo principal la importancia de fortalecer nuevas formas de organización en los espacios de clase, con el propósito de favorecer procesos de enseñanza y aprendizaje contextualizados y altamente significativos tanto para el docente como para los estudiantes.

Palabras clave: ambientes de clase, enseñanza, aprendizaje, significancia.

¹ Felisiano Jaimes Ortega. Licenciado en educación básica con énfasis en ciencias naturales y educación ambiental.

Magíster en práctica pedagógica. Laboro en la Institución Educativa Colegio Fray José María Arévalo sede Maciegas del municipio la Playa de Belén Norte de Santander.

² Sindy Lorena Serrano Salazar. Pregrado: Administrador de empresas. Posgrado: Especialista en Pedagogía Ambiental. Institución donde laboro: Institución Educativa Colegio San Miguel Hacari, Norte de Santander

³ José Isaid Herrera sanguino. Pregrado: Licenciado en ciencias sociales. Maestría: Práctica Pedagógica. Laboro en: I.E.R San Sebastián

CLASS ENVIRONMENTS AS DETERMINING ELEMENTS IN LEARNING**ABSTRACT**

Learning as a human process is characterized by being a complex system involving various elements, most of which derive from the teacher's actions as a manager of opportunities and, in this specific case, from classroom spaces, which are one of the main factors that facilitate or hinder the teaching and learning process. Based on this, this essay-style article fosters a literary reflection on classroom environments as determining elements in student learning. It will be based on a hermeneutic methodology, presenting different perspectives on the subject. This review seeks to consolidate new focuses of attention on the student learning process, where classroom spaces are considered influential in the assimilation of knowledge.

Descriptors: classroom environments, teaching, learning, significance.

INTRODUCCIÓN.

Desde sus orígenes, la escuela ha sido concebida como un espacio físico y simbólico donde se configura la experiencia educativa. En el siglo XIX, con el auge de la escuela tradicional, el aula se estructuró como un entorno rígido, centrado en la transmisión de contenidos y la disciplina. Sin embargo, con el surgimiento de corrientes como la Escuela Nueva, el enfoque constructivista y la pedagogía crítica, el ambiente de clase comenzó a ser reconfigurado como un espacio relacional, dinámico y culturalmente situado, capaz de incidir directamente en los procesos formativos de los estudiantes (Duarte, 2003).

Autores como John Dewey (1938) ya advertían que “la educación no es preparación para la vida; la educación es la vida misma” (p. 51), subrayando que el entorno escolar debía ser coherente con los principios democráticos y participativos. Más adelante, Paulo Freire (1970) señaló que “el aula debe ser un espacio de diálogo, no de imposición” (p. 89), reconociendo el papel del ambiente como mediador del aprendizaje crítico. En las últimas décadas, investigaciones desde la neuroeducación, la ecología del aprendizaje y el diseño arquitectónico han profundizado en cómo los ambientes escolares, en términos de iluminación, mobiliario, distribución espacial, recursos materiales y clima emocional, pueden potenciar o limitar el desarrollo cognitivo, social y afectivo del estudiante (Vilchis, 2025; Bosch, 2021).

En este artículo se aborda el objeto de estudio: los ambientes de clase como elementos determinantes en el aprendizaje, entendidos no solo como espacios físicos,

sino como configuraciones pedagógicas que integran dimensiones materiales, simbólicas, afectivas y culturales. Según Castro Flórez (2019), “el ambiente de aprendizaje incluye componentes físicos, emocionales y sociales que afectan el proceso educativo” (p. 3), lo que implica reconocer su carácter integral y contextualizado.

El objetivo central del artículo fue analizar cómo los ambientes de clase inciden en el proceso de aprendizaje de los estudiantes, desde una perspectiva crítica y situada. Se buscó identificar los elementos que configuran dichos ambientes, analizar sus implicaciones pedagógicas y proponer criterios para su transformación en función de una educación más inclusiva, significativa y equitativa. La importancia del tema radica en que, en muchos contextos educativos, especialmente en zonas rurales de Colombia y América Latina, los ambientes escolares son precarios, descontextualizados o rígidos, lo que limita el potencial formativo de la escuela. Como señala Benavides (2023), “los recintos escolares y los elementos que los pueblan son, ni más ni menos, el cofre donde se forja la memoria de su alma” (p. 2), en referencia al impacto emocional y simbólico que el entorno tiene en la vida escolar. Reconocer el papel del espacio como mediador pedagógico permite avanzar hacia propuestas más integrales, sensibles y territorializadas, que respondan a las necesidades reales de los estudiantes y sus comunidades.

La estructura del artículo se organiza en tres momentos, una introducción que permite al lector ubicarse en el tema seleccionado, dando inicio a la manera en que ha surgido y evolucionado el fenómeno, un segundo momento que corresponde al desarrollo

teórico, con el contraste y reflexión de diferentes posturas teóricas que orienten la explicación de los ambientes de aprendizaje en el proceso de aprendizaje, un último momento que visualiza las conclusiones obtenidas en el proceso interpretativo. Este artículo se inscribe en una línea de investigación que reconoce la educación como práctica situada, relacional y transformadora, y que reivindica el derecho de todos los estudiantes a aprender en espacios dignos, estimulantes y culturalmente significativos.

DESARROLLO TEÓRICO

El aprendizaje es un proceso complejo y multifacético que no depende únicamente de la instrucción formal, sino que está profundamente influido por una serie de factores interrelacionados. Estos factores pueden ser de índole cognitiva, emocional, social y contextual, y su interacción determina en gran medida la calidad, profundidad y permanencia del conocimiento adquirido. Entre los elementos que inciden en el aprendizaje destacan la motivación del estudiante, el contexto socioeconómico, el entorno familiar, las estrategias pedagógicas empleadas por el docente, y el acceso a recursos educativos adecuados. Asimismo, los factores psicológicos, como la autoestima y la percepción de autoeficacia, juegan un rol fundamental en la disposición del alumno para enfrentar nuevos retos académicos.

La adecuación de los espacios educativos es un componente esencial para potenciar el aprendizaje, especialmente cuando se busca atender la diversidad y fomentar metodologías activas. Un ambiente bien diseñado no solo facilita la comprensión de contenidos, sino que también promueve la interacción, la creatividad y

el bienestar emocional de los estudiantes. En territorios vulnerables o rurales, esta adecuación cobra aún más relevancia, ya que puede convertirse en un factor de inclusión y equidad. Como señalan Mampaso y Carrascal (2020), “el espacio es un elemento facilitador del aprendizaje y de atención a la diversidad” (p.20), lo que implica que su diseño debe responder a las características individuales y culturales de los estudiantes, generando entornos flexibles, seguros y estimulantes.

Además, el aprendizaje no ocurre en el vacío: requiere condiciones físicas, simbólicas y relacionales que lo hagan posible. Espacios abiertos, versátiles y emocionalmente acogedores permiten que los estudiantes se apropien del conocimiento desde sus propias experiencias, favoreciendo el desarrollo de competencias cognitivas, sociales y emocionales. En este sentido, el aula deja de ser un lugar estático para convertirse en un entorno vivo, donde se construye sentido y se fortalecen vínculos. La adecuación del espacio, entonces, no es solo una cuestión arquitectónica, sino pedagógica y ética, pues refleja el compromiso de la escuela con la formación integral de sus estudiantes.

Comprender estos factores es esencial para diseñar ambientes educativos inclusivos, equitativos y emocionalmente seguros, donde cada estudiante pueda desarrollar su potencial de manera integral. Desde esta perspectiva, el aprendizaje no solo se concibe como la adquisición de conocimientos, sino como una experiencia humana transformadora en la que intervienen dimensiones culturales, afectivas y

sociales. A estos elementos se suma también los ambientes de aprendizaje como un espacio didáctico donde los estudiantes y docentes pasan gran parte de su tiempo.

Los ambientes de aprendizaje constituyen el marco en el cual se desarrollan los procesos educativos, y no se limitan únicamente al espacio físico. Son entornos dinámicos que engloban dimensiones cognitivas, afectivas, sociales y culturales, configurando las condiciones en las que se produce el conocimiento y la transformación personal. El concepto de ambiente abarca una variedad de factores y dimensiones contextuales, definiéndose por García (2014) como "todo lo que rodea al ser humano, lo que puede influir en él y que, a su vez, puede ser afectado por él" (p.64).

Por lo tanto, el ambiente en el que una persona se encuentra se compone de elementos físicos, sociales, culturales, psicológicos y pedagógicos que están interconectados. Según Duarte (2003), el ambiente se define por la interacción de factores internos (biológicos y químicos) y externos (físicos y psicosociales) que influyen en la dinámica social. Trasladado al aprendizaje, implica que un ambiente educativo es el lugar donde convergen las condiciones necesarias para que los estudiantes desarrollen sus habilidades, considerando la disposición del espacio, los recursos y las actividades. En una línea similar, Romo (2012) propone una visión holística del ambiente, integrando variables físicas, humanas, sociales e históricas.

Se distingue así el "espacio" físico del concepto más amplio de "ambiente", que incluye elementos físicos, sociales, culturales, psicológicos, pedagógicos, humanos, biológicos, químicos e históricos interconectados, capaces de facilitar u obstaculizar la

interacción, las relaciones, la identidad y el sentido de pertenencia. Hoyuelos (2005) añade la importancia de una relación recíproca y respetuosa entre el individuo y su entorno, donde la identidad y el sentido se construyen a través de factores como la forma y función de los espacios, las percepciones sensoriales y las relaciones interpersonales. En conclusión, el ambiente se valora como un espacio estratégico para la educación y un recurso que apoya el aprendizaje, siendo dinámico y adaptable a las necesidades e intereses de los niños y su contexto.

Los entornos que influyen en la formación infantil presentan características particulares que afectan directamente la construcción de esquemas mentales favorables para el aprendizaje. Entre esos factores, el contexto y el ambiente de aula destacan especialmente en las instituciones educativas públicas, donde se perciben con mayor intensidad. La transición entre niveles educativos representa un punto crítico donde convergen, o a veces chocan, distintas dimensiones e interpretaciones de la dinámica escolar.

A lo largo de la historia de la educación, se ha reconocido la relevancia del ecosistema del aula como un elemento clave para fomentar actitudes y resultados positivos en los estudiantes. Desde una perspectiva sociológica, Uría (2008) conceptualiza la escuela como un mesosistema y la clase como un microsistema, tomando como base la teoría ecológica. Según este enfoque, las instituciones educativas se entienden como organizaciones conformadas por entornos y subsistemas que, junto con su filosofía y vivencias particulares, adquieren una singularidad propia influida por su

contexto. En los sistemas educativos latinoamericanos, la estructura escolar se compone de múltiples elementos definidos por factores como la cultura social, la arquitectura del espacio, las relaciones internas y la diversidad de la población escolar. Por eso, muchas concepciones pedagógicas giran en torno al cumplimiento de directrices curriculares previamente establecidas.

Dentro de este proceso, los ambientes de aprendizaje desempeñan un papel protagónico durante el tránsito de un nivel educativo a otro. En ellos se conjugan materiales, experiencias y fuerzas diversas, que responden tanto a las creencias del docente como a las políticas educativas vigentes. Además, estos espacios deben cumplir con ciertas condiciones físicas y temporales que faciliten la integración del aprendiz al conocimiento de distintas disciplinas. Duarte (2003) enfatiza el papel transformador del maestro a través de sus decisiones, coherencia y reflexión crítica. Así, la calidad del ambiente influye en la exploración y el descubrimiento infantil, promueve el desarrollo de competencias, estimula habilidades y mejora el desempeño, debiendo ser organizado de forma lúdica y reflexiva, considerando los objetivos educativos y los intereses de los niños; el entorno educativo en el que se desenvuelven los estudiantes juega un papel fundamental en la configuración de sus experiencias de aprendizaje y en la consecución de sus resultados académicos.

La importancia de este ambiente va más allá del simple espacio físico, abarcando una compleja interacción de factores que influyen significativamente en la participación, la motivación y el rendimiento de los alumnos. Desde lo planteado se destaca que un

ambiente de aprendizaje influye significativamente en el desarrollo educativo desde dos dimensiones clave, según Loughlin y Suina (2002):

La infraestructura arquitectónica y el ambiente organizado. Ambas interactúan para potenciar o limitar el impacto del entorno en el aprendizaje infantil. Aunque cada una cumple una función distinta, ambas son esenciales para moldear la conducta y el proceso de aprendizaje de los niños (p.17).

Esta cita subraya la interdependencia entre dos dimensiones clave del entorno escolar: la infraestructura arquitectónica y el ambiente organizado. La primera remite a los elementos físicos del espacio como la iluminación, ventilación, distribución del mobiliario, accesibilidad y seguridad, que configuran las condiciones materiales del aprendizaje. La segunda, en cambio, alude a la disposición pedagógica del entorno: normas de convivencia, rutinas, relaciones afectivas, uso de recursos didácticos y clima emocional. Aunque distintas en naturaleza, ambas dimensiones se entrelazan para generar un entorno que puede estimular o inhibir el desarrollo infantil. Como señala Rincón (2020), “el aprendizaje no ocurre en el vacío, sino en contextos que lo hacen posible o lo obstaculizan” (p. 17), lo que implica que el diseño físico y la organización pedagógica deben dialogar para favorecer experiencias significativas.

Además, la cita destaca que estas dimensiones no solo inciden en el rendimiento académico, sino que moldean la conducta y el proceso de aprendizaje de los niños. En contextos vulnerables, por ejemplo, una infraestructura deteriorada puede generar inseguridad, desmotivación o exclusión, mientras que un ambiente organizado con

relaciones afectivas positivas puede contrarrestar esas limitaciones y promover el bienestar. Según Bronfenbrenner (1979), el entorno inmediato el microsistema influye directamente en el desarrollo infantil, y el aula es uno de sus núcleos más determinantes. Por tanto, pensar el ambiente escolar como una construcción integral exige superar la visión técnica del espacio y reconocer su dimensión ética, emocional y cultural. En palabras de Benavides (2023), “el aula no es solo un lugar donde se enseña, sino donde se habita, se siente y se transforma” (p. 2), lo que reafirma la necesidad de articular infraestructura y organización pedagógica como pilares inseparables de una educación humanizante.

La experiencia escolar, como cualquier proceso educativo, exige la creación de espacios que respondan a las necesidades e intereses de los estudiantes. Por eso, el diseño del entorno en una institución educativa se basa en una organización adecuada a cada grado y a las etapas psicoevolutivas correspondientes. Cuando las instalaciones arquitectónicas se ajustan a los estándares pedagógicos y las aulas están bien equipadas con recursos apropiados para cada nivel, se puede hablar de un ambiente de aprendizaje alineado con los principios didácticos necesarios para ofrecer una educación de calidad.

En este contexto, García (2014) recopila una serie de definiciones que ilustran esta diversidad. Desde una perspectiva centrada en los elementos físico-sensoriales, se considera que el ambiente está constituido por aspectos como la luz, el color, el sonido, el espacio y el mobiliario, elementos que deben ser cuidadosamente considerados desde

una perspectiva arquitectónica para promover el aprendizaje y el confort de los niños. Figuras como Fröebel, Montessori y las Hermanas Agazzi extendieron esta concepción para incluir los materiales didácticos como parte integral de este aspecto físico.

Otra perspectiva concibe el ambiente de aprendizaje como un agente educativo en sí mismo, estructurado y organizado para estimular la disposición de aprender en el estudiante, considerando sus necesidades, intereses y las actividades que se pueden llevar a cabo en el espacio. Al analizar los procesos de transición dentro de las culturas escolares, Gairín (2005) señala que para ofrecer una educación de calidad es imprescindible contar con transiciones bien estructuradas. Estas deben minimizar los obstáculos que enfrentan los estudiantes y favorecer la articulación entre los distintos niveles educativos. La transición implica un cambio en la forma de vida, que puede influir en el estatus dentro del grupo social de referencia y en los mecanismos de adaptación del alumno. Aunque este cambio generalmente impulsa el crecimiento personal y social, en ciertos casos puede provocar retrocesos, los cuales se deben evitar aprovechando el proceso de transición como una herramienta educativa.

Por ello, las instituciones educativas deben priorizar la transición, ya que les brinda a los docentes recursos y modelos basados en metodologías integradoras. Estos apoyan la adaptación de los niños mediante el uso de actividades, materiales, recursos y ajustes curriculares en el aula; además, se busca fomentar la seguridad y un paso armonioso hacia nuevas experiencias significativas, evitando así cambios abruptos en la forma de

enseñar del docente que pudieran desconectar al estudiante de su entorno de aprendizaje.

La disposición del material y el mobiliario influye en la actividad, las elecciones, los intereses y las relaciones de los niños con sus compañeros y el docente. Las directrices ministeriales sugieren crear espacios atractivos, seguros, ventilados y con luz natural, con una decoración acorde a la experiencia de aprendizaje planificada. La estética del ambiente también juega un papel importante en la motivación de la comunidad educativa, siendo un entorno sereno, interesante y diverso. La provisión y disposición de materiales de aprendizaje son igualmente esenciales. Diferentes distribuciones del aula, como filas, forma de U o grupos, tienen implicaciones para diversas actividades de aprendizaje. La manera en que se organiza el espacio físico no es solo una cuestión de apariencia; moldea activamente el comportamiento de los estudiantes, los patrones de interacción y la eficacia de las metodologías de enseñanza.

Al respecto Duarte, Et al (2011), consideran que:

Existe un acuerdo general sobre los beneficios que aportan las escuelas de menor tamaño, especialmente para los estudiantes de sectores socioeconómicos más vulnerables (Earthman, 2002). En síntesis, la investigación empírica en Estados Unidos muestra que los alumnos que reciben educación en instituciones con una infraestructura adecuada obtienen mejores resultados académicos, superando por varios puntos porcentuales a aquellos que estudian en edificios con condiciones menos favorables (p.2).

Desde la perspectiva, las escuelas de menor tamaño tienen efectos positivos, especialmente para alumnos de sectores socioeconómicos bajos. Lo anterior sugiere

que, en entornos más reducidos, los estudiantes pueden recibir una atención más personalizada, lo que contribuye a su desarrollo educativo; una menor cantidad de alumnos en un mismo espacio puede facilitar la interacción con los docentes y mejorar el ambiente de aprendizaje.

Además, cuando se dispone de un entorno estructurado y bien acondicionado para el aprendizaje, resulta fundamental garantizar la continuidad pedagógica entre los distintos niveles educativos. En ese proceso de transición, los factores que configuran la participación de los estudiantes dentro del aula juegan un papel determinante para mantener la cohesión y eficacia del aprendizaje. Partiendo de lo anterior, Ullauri (2024) argumenta:

El rol esencial del docente es diseñar cuidadosamente el entorno de aprendizaje, enfocándose en generar experiencias significativas que, más allá de ser agradables para el estudiante, propicien nuevos aprendizajes valiosos en el futuro. Sin embargo, este principio frecuentemente se ve comprometido cuando los niños pasan del nivel preescolar al primer grado (p.130).

Desde la posición del autor antes mencionado, una idea fundamental en pedagogía contemporánea: el docente no es simplemente un transmisor de información, sino un arquitecto del entorno de aprendizaje. Este rol implica intencionalidad didáctica, es decir, planificar espacios, estrategias y experiencias que conecten emocionalmente con los estudiantes y les permitan construir aprendizajes con sentido y proyección futura. Gimeno (2002) destaca que ignorar los componentes organizativos del aula, como el

manejo del espacio, el tiempo y las relaciones, implica desconocer su influencia directa en la conducta de estudiantes y docentes.

Se destaca, además, la responsabilidad pedagógica del docente como diseñador consciente del entorno de aprendizaje, subrayando que su labor va más allá de crear experiencias agradables: debe propiciar vivencias que generen aprendizajes transferibles y duraderos. En este sentido, el entorno no se limita al espacio físico, sino que incluye las interacciones, los materiales, las rutinas y el clima emocional que configuran la experiencia escolar. Como señala Vygotsky (1978), “el aprendizaje adecuado organiza el desarrollo” (p. 90), lo que implica que el docente debe anticipar y estructurar situaciones que activen zonas de desarrollo próximo, favoreciendo la construcción de saberes significativos. El énfasis en la intencionalidad del diseño pedagógico pone en evidencia que el ambiente escolar no es neutro ni espontáneo, sino una construcción ética y didáctica que requiere sensibilidad, planificación y conocimiento del desarrollo infantil.

El segundo enunciado de permite determinar una tensión crítica: la ruptura que suele ocurrir en la transición del nivel preescolar al primer grado. Este paso, que debería ser gradual y articulado, frecuentemente se convierte en un quiebre metodológico y emocional para los niños. En preescolar, el aprendizaje se da en ambientes lúdicos, flexibles y afectivos, mientras que en primer grado suele imponerse una lógica más académica, rígida y centrada en el rendimiento. Esta discontinuidad compromete el principio de continuidad pedagógica y puede generar desmotivación, ansiedad o rezago.

Como advierte Pianta et al. (2007), “las transiciones escolares mal gestionadas pueden afectar negativamente el desarrollo socioemocional y el rendimiento académico” (p. 131). Por tanto, el diseño del entorno debe considerar no solo el presente del niño, sino también su trayectoria educativa, asegurando coherencia entre niveles, respeto por los ritmos de aprendizaje y una pedagogía que acompañe, no imponga.

No obstante, Dewey (2009) señala que en la actualidad:

En las aulas tradicionales hay escaso espacio para que los niños exploren, experimenten o creen activamente. La disposición rígida del mobiliario y la falta de talleres, materiales y recursos limitan severamente la participación individual, reduciendo a los estudiantes a simples unidades dentro del grupo (p.75).

Una de las principales limitaciones de los modelos escolares tradicionales: la rigidez espacial y metodológica que impide a los niños desplegar su potencial creativo, exploratorio y autónomo. La disposición fija del mobiliario, filas de pupitres orientados hacia el docente, refleja una lógica transmisiva que privilegia la homogeneidad y el control, en detrimento de la diversidad de ritmos, intereses y formas de aprender. Como advierte Malaguzzi (1996), “el espacio es el tercer educador” (p. 7), y cuando este se configura de manera cerrada y unidireccional, se convierte en un obstáculo para el aprendizaje activo. En contextos rurales, esta situación se agrava por la escasez de materiales didácticos, la falta de talleres y la ausencia de propuestas pedagógicas que reconozcan el saber local y la experiencia comunitaria como fuentes legítimas de conocimiento.

Además, el autor refiere una consecuencia profunda: la despersonalización del estudiante, reducido a una “unidad dentro del grupo”, sin voz ni protagonismo en su proceso formativo. Esta visión fragmenta la subjetividad infantil y reproduce prácticas escolares que invisibilizan la singularidad de cada niño. Desde la pedagogía crítica, Freire (1970) cuestiona esta lógica bancaria de la educación, en la que “el educador deposita contenidos en el educando, sin permitirle ser sujeto de su aprendizaje” (p. 72). Superar esta mirada implica transformar el aula en un espacio flexible, dialógico y afectivo, donde el niño pueda experimentar, equivocarse, crear y construir sentido. En territorios vulnerables, esta transformación no solo es pedagógica, sino ética y política: implica reconocer a cada estudiante como sujeto de derechos, capaz de aprender desde su contexto, su cultura y su experiencia vital.

Lo expresado se visualiza con mayor evidencia en la transición de un entorno lúdico y colaborativo en preescolar a un sistema rígido y académico en primaria se viva como una ruptura que inhibe la creatividad infantil y dificulta la adaptación; por ello, se plantea la necesidad urgente de revisar las prácticas escolares para construir transiciones más respetuosas con el desarrollo y la experiencia previa de los niños; el profesor también es responsable de preparar los objetivos y los temas de la clase, así como de proporcionar estrategias de aprendizaje adecuadas. Para la creación de ambientes de aprendizaje, se consideran cuatro espacios fundamentales: interacción, información, producción y exhibición. El docente actúa como facilitador y mediador, promoviendo ambientes de aprendizaje idóneos para el desarrollo de las competencias

de los estudiantes. Las decisiones pedagógicas tomadas por el profesor al estructurar el ambiente de aprendizaje, incluyendo los tipos de actividades y la forma en que se facilitan, son determinantes para la eficacia del proceso de aprendizaje.

La adecuación de los ambientes de aprendizaje ha adquirido una relevancia creciente en el campo educativo, no solo como una cuestión arquitectónica o logística, sino como una dimensión profundamente pedagógica, emocional y cultural. El espacio escolar, entendido como entorno físico, simbólico y relacional, influye directamente en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Diversas teorías del aprendizaje han contribuido a conceptualizar y orientar esta adecuación, reconociendo que el ambiente no es un mero contenedor de prácticas educativas, sino un agente activo que las configura, las potencia o las limita.

Desde el conductismo, el ambiente se concibe como un conjunto de estímulos que moldean la conducta del estudiante. Skinner (1953) sostiene que “el control del ambiente es esencial para reforzar las respuestas deseadas” (p. 87), lo que implica diseñar espacios estructurados, predecibles y orientados al refuerzo positivo. Aunque este enfoque ha sido criticado por su reduccionismo, su énfasis en la organización y la claridad sigue siendo útil en ciertos contextos escolares, especialmente cuando se requiere establecer rutinas o fomentar comportamientos específicos.

El cognitivismo introduce una mirada más compleja, centrada en los procesos mentales internos. Ausubel (1963) afirma que “el factor más importante que influye en el aprendizaje es lo que el alumno ya sabe. Averígüese esto y enséñese en consecuencia”

(p. 5). Esta perspectiva exige ambientes que conecten con los esquemas mentales previos del estudiante, facilitando la organización, la codificación y la recuperación de la información. La disposición espacial, los recursos visuales y la accesibilidad cognitiva del entorno se convierten en elementos clave para favorecer el aprendizaje significativo.

El constructivismo transforma radicalmente la noción de ambiente. Piaget (1970) plantea que “el conocimiento no se recibe pasivamente, sino que se construye activamente por el sujeto” (p. 12), lo que exige entornos que promuevan la exploración, la manipulación y el descubrimiento. Vygotsky (1978), por su parte, introduce la noción de zona de desarrollo próximo, señalando que “el aprendizaje despierta procesos internos de desarrollo que operan solo cuando el niño interactúa con otros” (p. 90). Así, el ambiente debe facilitar la interacción social, el trabajo colaborativo y el acompañamiento pedagógico, convirtiéndose en un espacio de mediación cultural.

Desde la perspectiva sociocultural, el ambiente escolar es un espacio de significación compartida. Bruner (1996) sostiene que “la educación debe ayudar a los niños a convertirse en miembros competentes de su cultura” (p. 43), lo que implica diseñar ambientes que reconozcan y valoren los saberes locales, las prácticas comunitarias y las identidades culturales. En contextos rurales, esto se traduce en aulas que dialogan con el territorio, incorporan materiales autóctonos y promueven la participación de las familias, fortaleciendo el vínculo entre escuela y comunidad.

El enfoque humanista también aporta elementos esenciales. Carl Rogers (1969) afirma que “el aprendizaje significativo ocurre cuando el contenido es percibido como

relevante por el estudiante y se vincula con su experiencia personal” (p. 157). Esto exige ambientes afectivos, seguros y empáticos, donde el estudiante se sienta valorado y respetado. La disposición emocional del espacio, considerando los colores, iluminación, clima relacional, se convierte así en un factor pedagógico que incide en la motivación, la autoestima y el sentido de pertenencia.

Más recientemente, la teoría conectivista ha ampliado la noción de ambiente hacia lo digital. Siemens (2005) sostiene que “el aprendizaje es un proceso que ocurre dentro de entornos difusos de redes, no necesariamente controlados por el individuo” (p. 3), lo que implica diseñar ambientes híbridos, flexibles y tecnológicamente integrados. En zonas rurales, esto representa un desafío y una oportunidad: la conectividad puede ampliar horizontes, pero requiere adecuación cultural, infraestructura y formación docente para evitar la reproducción de brechas.

La adecuación de los ambientes de aprendizaje no puede reducirse a criterios técnicos o estéticos. Debe responder a principios pedagógicos, culturales y éticos que reconozcan la diversidad, la equidad y la participación. Como señala Castro Flórez (2019), “el ambiente de aprendizaje incluye componentes físicos, emocionales y sociales que afectan el proceso educativo” (p. 3), lo que exige una mirada integral y contextualizada. En territorios vulnerables, esta adecuación implica superar la precariedad material, pero también transformar las prácticas escolares. Diseñar ambientes que favorezcan la autonomía, la creatividad, el diálogo y el vínculo con el

entorno es una tarea urgente. El aula debe dejar de ser un espacio de control para convertirse en un lugar de encuentro, de construcción colectiva y de sentido.

Las teorías del aprendizaje ofrecen marcos valiosos para comprender y transformar los ambientes escolares. Desde el estímulo conductista hasta la red conectivista, cada enfoque aporta criterios para diseñar entornos que favorezcan el aprendizaje significativo. En contextos rurales, esta tarea adquiere una dimensión ética y política: se trata de garantizar el derecho a aprender en espacios dignos, pertinentes y culturalmente sensibles. La adecuación del ambiente no es un lujo, sino una condición para una educación verdaderamente transformadora.

La evidencia de investigación indica de manera constante una sólida relación entre la calidad del entorno en el aula, tanto en aspectos físicos como socioemocionales, y el desempeño académico de los estudiantes. En el contexto educativo colombiano, los ambientes de aprendizaje han cobrado una relevancia creciente como elementos fundamentales para el desarrollo integral de los estudiantes. Estos espacios, físicos y simbólicos, no solo condicionan el proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que también reflejan las dinámicas sociales, culturales y pedagógicas de las instituciones educativas. Según Castro (2019),

Un ambiente de aprendizaje efectivo debe ser flexible, inclusivo y centrado en el estudiante, permitiendo la construcción activa del conocimiento. En su estudio, la autora destaca que en Colombia aún persisten modelos tradicionales que limitan la participación del estudiante y restringen la innovación pedagógica (p.42).

El autor mencionado, plantea dos ideas clave que merecen atención crítica: por un lado, se propone un ideal pedagógico contemporáneo; un ambiente de aprendizaje flexible, inclusivo y centrado en el estudiante, y por otro, se señala un desfase entre ese ideal y la realidad educativa en Colombia, donde persisten modelos tradicionales. Cohen et al. (2020) advierten que esta situación limita el desarrollo de competencias clave como la creatividad, la colaboración y el pensamiento crítico. Para transformar esta realidad, es necesario repensar el rol del docente como diseñador de experiencias significativas. Como lo plantea Ullauri (2024):

El docente, en su rol de diseñador y facilitador del aprendizaje, promueve un espacio participativo en el que las actividades se desarrollan de manera conjunta con los estudiantes. Su tarea principal consiste en orientar dichas experiencias hacia el logro de metas concretas, conectándolas con los conocimientos previos que los alumnos ya poseen (p.4).

Una concepción contemporánea del rol docente, que se aleja del modelo transmisivo tradicional y se orienta hacia una pedagogía activa, colaborativa y situada. Al asumir el papel de diseñador y facilitador del aprendizaje, el docente no impone contenidos, sino que crea condiciones para que los estudiantes participen, exploren y construyan sentido en comunidad. Esta perspectiva se vincula con el enfoque socioconstructivista, donde el conocimiento se genera en la interacción entre sujetos y contextos. Como señala Vygotsky (1978), “el aprendizaje despierta procesos internos de desarrollo que operan solo cuando el niño interactúa con otros” (p. 90), lo que implica que el ambiente de aula debe ser flexible, dialógico y emocionalmente seguro para

favorecer la participación activa. En contextos rurales, esta visión cobra especial relevancia, pues permite integrar saberes locales, experiencias comunitarias y prácticas culturales en el proceso educativo.

El segundo enunciado de la cita enfatiza la importancia de la intencionalidad pedagógica: el docente no solo facilita experiencias, sino que las orienta hacia metas concretas, articulándolas con los conocimientos previos de los estudiantes. Esta conexión es clave para el aprendizaje significativo, como lo plantea Ausubel (1963): “el factor más importante que influye en el aprendizaje es lo que el alumno ya sabe. Averígüese esto y enséñese en consecuencia” (p. 5). Reconocer y activar los saberes previos permite que el estudiante se sienta reconocido como sujeto de conocimiento, y que el aprendizaje se convierta en una experiencia relevante, contextualizada y transformadora. En este sentido, el docente actúa como mediador entre el mundo del estudiante y el mundo del conocimiento, diseñando ambientes que no solo enseñan, sino que habilitan la posibilidad de aprender con sentido. Esta tarea exige sensibilidad, escucha y capacidad para adaptar las estrategias pedagógicas a las realidades concretas de cada grupo, especialmente en territorios vulnerables donde la escuela puede ser el principal espacio de construcción de futuro.

La distribución adecuada de los ambientes de aprendizaje responde a una serie de características que orienten un proceso didáctico adecuado, respondiente a cada una de las necesidades y características de los estudiantes, con la finalidad de promover en cada uno un grado de motivación hacia el aprendizaje, teniendo que en lo respectivo al

espacio físico, éste debe ser iluminado, ventilado, organizado y distribuido de acuerdo a la cantidad de personas que formen parte de él. Debe, además, de reinar en él un clima de convivencia entre los sujetos, cumplimiento de normas y un continuo proceso de reflexión a través de un diálogo continuo entre docente y estudiante.

En este sentido, las prácticas del docente deben fundamentarse en labores innovadoras, contextualizadas, acordes a las realidades que viven los estudiantes, brindando una mano amiga a los estudiantes, compañeros, padres, estimulando al aprendizaje continuo, desarrollando a través de las actividades planeadas la totalidad de las competencias de los estudiantes, quienes desde sus posiciones de personas autónomas y críticas puedan expresar sus emociones, pensamientos, ideas, percepciones, sin temor a ser juzgados o considerados como inferiores ante el grupo.

Los ambientes de aprendizaje son elementos fundamentales en el proceso educativo, pues influyen en el desarrollo cognitivo y social de los estudiantes. En el contexto colombiano, estos ambientes abarcan diversos factores que van desde la infraestructura física de las instituciones educativas hasta la interacción social y cultural que se produce dentro de ellas. Una de las características más relevantes de los ambientes de aprendizaje en Colombia es su variabilidad. En áreas urbanas, las instituciones educativas suelen contar con infraestructura adecuada y recursos tecnológicos que facilitan el aprendizaje. Sin embargo, en regiones rurales, muchas escuelas enfrentan desafíos significativos como la falta de materiales didácticos, condiciones inadecuadas de infraestructura y escasez de docentes capacitados.

Los ambientes de aprendizaje han adquirido una relevancia creciente en el discurso pedagógico contemporáneo, al ser considerados no solo como espacios físicos, sino como entornos dinámicos que configuran las condiciones para el desarrollo integral del estudiante. En este sentido, el ambiente educativo se concibe como un sistema complejo de interacciones, recursos, relaciones y significados que median el proceso de enseñanza-aprendizaje. Según Castro (2019), “los ambientes de aprendizaje deben ser estructurados de manera que favorezcan la construcción de conocimientos, la socialización y el desarrollo de competencias” (p. 5), lo que implica una visión holística que trasciende la mera infraestructura escolar.

Desde la visión de Castro, obtener una concepción integral del ambiente de aprendizaje como espacio intencionado y dinámico, donde convergen tres dimensiones clave: la construcción de conocimientos, la socialización y el desarrollo de competencias. Esta estructura no puede ser improvisada ni neutra; requiere una planificación pedagógica que articule contenidos significativos, metodologías activas y relaciones humanas respetuosas. Desde una perspectiva socioconstructivista, el conocimiento no se transmite, sino que se construye en interacción con otros y con el entorno. Por ello, el ambiente debe propiciar el diálogo, la exploración, el error como oportunidad y la conexión con experiencias previas. En contextos rurales, esta estructuración cobra especial relevancia, pues permite integrar saberes comunitarios, prácticas locales y vínculos afectivos que enriquecen el proceso educativo y lo hacen más pertinente.

Además, se tiene que el ambiente escolar no solo debe facilitar el aprendizaje cognitivo, sino también el desarrollo de competencias, entendidas como saberes integrados que articulan conocimientos, habilidades, actitudes y valores. Esto implica que el espacio educativo debe ser inclusivo, retador y emocionalmente seguro, favoreciendo la autonomía, la colaboración y la resolución de problemas reales. La socialización, en este marco, no es un proceso accesorio, sino constitutivo del aprendizaje: aprender con otros y de otros permite construir identidad, ciudadanía y sentido de pertenencia. En territorios vulnerables, donde la escuela puede ser el principal espacio de encuentro y protección, estructurar ambientes que promuevan estas dimensiones es un acto profundamente ético y transformador.

La importancia de los ambientes de aprendizaje radica en su capacidad para generar experiencias significativas, motivadoras y contextualizadas. Medina y Larios (2019) afirman que “los ambientes educativos debidamente estructurados y enriquecidos ofrecen condiciones favorables para el desarrollo integral de los estudiantes, estimulando tanto sus competencias cognitivas como sus habilidades socioemocionales” (p. 22). Esta afirmación destaca el papel del entorno como catalizador del aprendizaje, en tanto que permite la conexión entre el saber escolar y la realidad del estudiante. En este marco, el docente se convierte en un mediador que diseña, transforma y dinamiza el ambiente para responder a las necesidades y potencialidades de sus alumnos.

Asimismo, los ambientes de aprendizaje deben ser inclusivos, flexibles y adaptables a los cambios sociales y tecnológicos. Soto (2022) sostiene que “deben

propiciar ambientes de respeto, comprensión y apoyo, en los que las situaciones de aprendizaje sean significativas y acordes a las necesidades de los estudiantes” (p. 44). Esta afirmación resalta la dimensión ética del ambiente educativo, al reconocer la diversidad como una riqueza y no como un obstáculo. En este sentido, el diseño de ambientes debe considerar no solo los aspectos físicos, sino también los simbólicos, afectivos y culturales que configuran la experiencia educativa.

La investigación reciente ha evidenciado que los ambientes de aprendizaje motivadores inciden positivamente en el rendimiento académico, la participación y el bienestar emocional de los estudiantes. Holguín Ramírez (2024) señala que “falta crear ambientes más dinámicos y lúdicos para propiciar el interés; las metodologías STEAM están cambiando la enseñanza” (p. 3), lo que implica una transformación en la forma de concebir el aula y el rol del docente. Esta transformación requiere una formación docente continua, una planificación pedagógica intencionada y una apertura a nuevas metodologías que integren la tecnología, la creatividad y el pensamiento crítico.

Asimismo, los ambientes de aprendizaje deben ser inclusivos, flexibles y adaptables a los cambios sociales y tecnológicos. Soto (2022) sostiene que “deben propiciar ambientes de respeto, comprensión y apoyo, en los que las situaciones de aprendizaje sean significativas y acordes a las necesidades de los estudiantes” (p. 44). Esta afirmación resalta la dimensión ética del ambiente educativo, al reconocer la diversidad como una riqueza y no como un obstáculo. En este sentido, el diseño de

ambientes debe considerar no solo los aspectos físicos, sino también los simbólicos, afectivos y culturales que configuran la experiencia educativa.

La investigación reciente ha evidenciado que los ambientes de aprendizaje motivadores inciden positivamente en el rendimiento académico, la participación y el bienestar emocional de los estudiantes. Holguín (2024) señala que “falta crear ambientes más dinámicos y lúdicos para propiciar el interés; las metodologías STEAM están cambiando la enseñanza” (p. 3), lo que implica una transformación en la forma de concebir el aula y el rol del docente. Esta transformación requiere una formación docente continua, una planificación pedagógica intencionada y una apertura a nuevas metodologías que integren la tecnología, la creatividad y el pensamiento crítico.

Además, es importante considerar el contexto sociocultural de los estudiantes. La interacción entre los alumnos, así como la relación con los educadores, juega un papel esencial en el proceso de aprendizaje. La educación en Colombia, marcada por desigualdades sociales, refleja esta realidad. Investigaciones como la realizada por García et al. (2019) destacan que “las dinámicas familiares y comunitarias influyen directamente en la motivación y el rendimiento académico de los estudiantes” (p.20). Por ende, un ambiente de aprendizaje positivo debe fomentar la inclusión y el respeto por la diversidad, ayudando a los estudiantes a desarrollarse plenamente.

Desde la perspectiva de Gutiérrez (2002), señala que para que un ambiente de aprendizaje tenga una significancia adecuada se deben seguir algunas recomendaciones, desde las que pueden considerarse que, el entorno educativo debe

ofrecer flexibilidad para múltiples funciones y configuraciones, posibilitado por recursos móviles como biombos, cortinas, paneles ajustables o puertas corredizas. Es fundamental garantizar condiciones óptimas de salubridad, seguridad y accesibilidad, complementadas con una iluminación adecuada, tonalidades cálidas y texturas agradables que favorezcan una atmósfera acogedora y motivadora.

La disposición de los espacios debe responder a una planificación intencionada, alineada con las actividades pedagógicas previstas y con atención diferenciada a las particularidades de cada niño. Asimismo, el diseño debe contemplar la diversidad de quienes transitan el espacio, incorporando ajustes que faciliten el desplazamiento y la orientación de estudiantes con necesidades especiales, mediante la supresión de obstáculos arquitectónicos y la adaptación del mobiliario y la iluminación. Los materiales didácticos deben ubicarse a una altura accesible para los niños, en correspondencia con su etapa evolutiva. La selección y utilización de estos recursos debe estar articulada con el currículo institucional y las propuestas de aula. Finalmente, el mobiliario y los materiales deben organizarse considerando criterios de accesibilidad, mantenimiento, visibilidad y preservación.

Desde lo anterior se tiene una concepción del espacio educativo como un entorno vivo, flexible y profundamente vinculado al proceso pedagógico. No se trata simplemente de un lugar físico, sino de un escenario que se transforma en función de las necesidades, intereses y características de los niños. La posibilidad de reconfigurar el espacio mediante elementos móviles revela una intención de adaptabilidad, donde el ambiente

responde a las dinámicas del aprendizaje y favorece la participación activa. La atmósfera acogedora, construida a través de condiciones óptimas de higiene, seguridad, iluminación y estética, no solo garantiza el bienestar físico, sino que también estimula emocional y cognitivamente a quienes lo habitan.

La planificación espacial orientada a las actividades previstas y a las necesidades específicas de los niños refleja una pedagogía centrada en el sujeto, donde cada detalle del entorno se convierte en una herramienta para potenciar el desarrollo integral. Esta visión se profundiza con el compromiso hacia la inclusión, evidenciado en las adaptaciones para la diversidad, la eliminación de barreras arquitectónicas y la adecuación del mobiliario. El espacio, entonces, se convierte en un facilitador de equidad, accesibilidad y autonomía.

La disposición del material didáctico a la altura visual de los niños y su selección coherente con el currículo institucional refuerzan la idea de un ambiente que educa, que invita a explorar, descubrir y construir conocimiento desde la experiencia. Finalmente, el cuidado en el diseño y organización del mobiliario y los materiales, atendiendo a su conservación y funcionalidad, revela una ética del cuidado y una responsabilidad pedagógica que reconoce al entorno como parte activa del acto educativo. En suma, la cita propone un modelo de espacio educativo que articula estética, funcionalidad, inclusión y pedagogía, en coherencia con una educación transformadora, sensible y humanista.

Los entornos escolares deben diseñarse como espacios versátiles y adaptables, cumpliendo no solo con los requisitos básicos establecidos por las autoridades educativas, sino también incorporando una serie de cualidades adicionales que potencien su funcionalidad y acogida. Los ambientes de aprendizaje son un aspecto crucial en la educación, ya que influyen directamente en el desarrollo de competencias y habilidades de los estudiantes. En Colombia, la diversidad cultural, geográfica y socioeconómica del país impacta significativamente en la manera en que se configuran estos ambientes y en cómo se implementan las estrategias educativas.

Para comprender los ambientes de aprendizaje en Colombia, es fundamental definir qué se entiende por este término. Según Vygotsky (1978):

El aprendizaje es un proceso social que no puede ser disociado del contexto en el que se lleva a cabo. De esta forma, los ambientes de aprendizaje deben considerarse como entornos complejos que integran aspectos físicos, psicológicos, sociales y culturales. Estos ambientes no solo abarcan las aulas, sino también la comunidad y el hogar, lo que implica que su diseño debe ser flexible y adaptado a las realidades del entorno (p.54).

Uno de los principales desafíos en la creación de ambientes de aprendizaje efectivos en Colombia es la desigualdad socioeconómica. El Departamento Nacional de Estadística (DANE, 2021) señala que aproximadamente el 27% de la población vive en condiciones de pobreza multidimensional. Esta situación limita el acceso a recursos educativos y afecta la calidad de la enseñanza. Además, muchas instituciones educativas en áreas rurales carecen de infraestructura adecuada y de tecnologías que

faciliten un aprendizaje significativo. Como apuntan Rodríguez y López (2019), "la inequidad en el acceso a recursos educativos crea una brecha significativa en la calidad del aprendizaje" (p.13).

A pesar de estas dificultades, Colombia ha avanzado en la implementación de políticas que buscan mejorar los ambientes de aprendizaje. La Ley General de Educación (Ley 115 de 1994) subraya la importancia de crear espacios inclusivos y diversos que fomenten la participación activa de todos los actores educativos. Al respecto, Castañeda y López (2021) sostienen que "la legislación colombiana busca promover ambientes de aprendizaje que no solo respondan a las necesidades académicas, sino que también sean inclusivos y respeten la diversidad cultural" (p.25). Esto se traduce en iniciativas como la educación intercultural, que reconoce y valora las distintas identidades presentes en el país.

CONCLUSIONES

En referencia a lo planteado, los ambientes de aprendizaje en Colombia son un reflejo de la complejidad de su contexto social y cultural. Aunque enfrentan múltiples desafíos, como la desigualdad económica y la falta de infraestructura, también han surgido oportunidades para innovar y mejorar la calidad educativa. La incorporación de políticas inclusivas y el uso de tecnologías emergentes pueden contribuir a crear ambientes más equitativos y enriquecedores. Fomentar un diálogo constante entre las diversas comunidades educativas será clave para diseñar estrategias que se adapten a las necesidades de los estudiantes y promuevan aprendizajes significativos.

Los ambientes de aprendizaje constituyen una herramienta fundamental para la mejora de la calidad educativa. Su diseño y gestión deben responder a principios de inclusión, contextualización, innovación y participación, reconociendo que el aprendizaje es un proceso situado, relacional y transformador. La literatura reciente coincide en que el ambiente no es un mero contenedor, sino un agente activo que configura las condiciones para que el aprendizaje ocurra. Por ello, es indispensable que las políticas educativas, la formación docente y las prácticas pedagógicas se orienten hacia la creación de ambientes que promuevan el desarrollo humano en todas sus dimensiones.

Los ambientes de clase constituyen un componente esencial en la configuración de experiencias educativas significativas, especialmente en contextos donde la emocionalidad, la diversidad y la interacción cobran protagonismo. Un entorno cuidadosamente diseñado no solo facilita la organización pedagógica, sino que también

incide directamente en el bienestar, la motivación y el desarrollo integral del estudiante. La disposición del espacio, la accesibilidad, la estética y la funcionalidad del mobiliario, así como la coherencia entre los materiales didácticos y el currículo, configuran un escenario que potencia la participación activa, el sentido de pertenencia y la construcción de aprendizajes relevantes. En este sentido, el aula deja de ser un lugar físico neutro para convertirse en un territorio pedagógico que dialoga con las necesidades, intereses y trayectorias de quienes lo habitan.

Además, los ambientes escolares inclusivos y flexibles permiten atender la diversidad de ritmos, estilos y condiciones de aprendizaje, favoreciendo la equidad y la justicia educativa. La eliminación de barreras arquitectónicas, la adecuación de recursos visuales y táctiles, y la planificación situada de los espacios son acciones que reflejan una pedagogía comprometida con la dignidad y el reconocimiento de cada niño. Así, el aula se convierte en un espacio ético y afectivo, donde el aprendizaje se construye desde la experiencia, la interacción y el respeto por las subjetividades.

REFERENCIAS

- Ausubel, D. (1963). La psicología del aprendizaje verbal significativo. Grune Stratton.
- Benavides, C. (2023). Importancia de los ambientes de aprendizaje en la educación. Dirección de Inspección y Vigilancia, Secretaría de Educación de Bogotá.
- Bonell, MP (2003). El aula escolar, escenario propicio para gestionar una cultura para prevención de desastres. Bogotá: Alcaldía Mayor y Dirección de Prevención y Atención de Emergencias Secretaría de Gobierno. Recuperado de <http://www.proteccioncivil.org/documents/11803/65816/El%2Baula%2Bescolar%2C%2Bescenario%2Bpropicio%2Bpara%2Bgestionar%2Buna%2Bcultura%2Bde%2Bprevenci%C3%B3n%2Bde%2Bdesastres..pdf>
- Bosch, R. (2021). Diseño de entornos de aprendizaje para el siglo XXI. Observatorio IFE.
- Bronfenbrenner, U. (1979). La ecología del desarrollo humano. Paidós.
- Bronfenbrenner, U. (1987). La ecología del desarrollo humano: Experimentos por diseño. Paidós.
- Bruner, J. (1996). La educación, puerta de la cultura. Paidós.
- Cárdenas, J. (2022). La educación en tiempos de pandemia: reflexiones sobre el aprendizaje virtual en Colombia. Revista de Educación y Tecnología, 18(2), 45-62.
- Castañeda, L. T. (2021). El concepto de igualdad de oportunidades, análisis de sus perspectivas. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 42(125).[Artículo en línea]. Disponible: Dialnet-ElConceptoDeIgualdadDeOportunidadesAnálisisDeSusPe-8037706
- Castro, M. (2019). Ambientes de aprendizaje. *Sofía*, 15(2), 1–20. [Documento en línea]. Disponible: <https://doi.org/10.18634/sophiaj.15v.2i.827>
- Castro, M. (2019). Ambientes de aprendizaje. [Artículo en línea]. Disponible: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7069222>

- Castro, M., Morales, M. (2015). Los ambientes de aula que promueven el aprendizaje, desde la perspectiva de los niños y niñas escolares. *Revista Electrónica Educare*, 19(3), 132–163. <https://doi.org/10.15359/ree.19-3.11>
- DANE (2021). Pobreza multidimensional agregado municipios PDET. [Documento en línea]. Disponible: [presentacion-ext-pobreza-multidimensional-IPM-PDET-20.pdf](#)
- Dewey, J. (1938). *Experiencia y Educación*. Macmillan.
- Duarte, J. (2003). Ambientes de Aprendizaje. Una aproximación conceptual. *Estudios Pedagógicos* 29, 97-113. [Artículo en línea]. Disponible: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=173514130007>
- Duarte, J., Garguilo, C., Moreno, M. (2011). Infraestructura Escolar y Aprendizajes en la Educación Básica Latinoamericana: Un análisis a partir del SERCE. [Documento en línea]. Disponible: [/Infraestructura_escolar_y_aprendizajes_en_la_educación_básica_latinoamericana_Un_análisis_a_partir_del_SERCE.pdf](#)
- Estrada, J. (2020). Ambientes de aprendizaje motivadores. *Revista Universidad Yaán*. https://universidadyaan.mx/revista/2024/julio/especial_1/articulo3.pdf
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- García, G. (2014). Ambiente de aprendizaje: su significado en educación preescolar. [Documento en línea]. Disponible: https://www.cucs.udg.mx/revistas/edu_desarrollo/anteriores/29/029_Garcia.pdf
- García, J., Ramírez, M., Torres, L. (2019). Impacto de las dinámicas familiares en el desempeño académico de estudiantes rurales. *Revista Interamericana de Investigación*, 3(1), 45-56.
- Gutiérrez, C. (2002). El espacio como elemento facilitador del aprendizaje. Una experiencia en la formación inicial del profesorado. [Documento en línea]. Disponible: [Dialnet-ElEspacioComoElementoFacilitadorDelAprendizaje-243780.pdf](#)

- Holguín, E. (2024). Ambientes de aprendizaje: un reto u obstáculo para los docentes de ciencias. Revista Universidad Yaán.
https://universidadyaan.mx/revista/2024/julio/especial_1/articulo3.pdf
- Hoyuelos, A. (2005a). Estrategias constructivas espaciales en la escuela. En I. Cabanellas y C. Eslava (Coords.), Territorios de la infancia. Diálogos entre la arquitectura y la pedagogía (págs. 175-180). Barcelona: Editorial Graó.
- Jaramillo, L. (2007). Planta física a nivel interno y externo. Disposición del ambiente en el aula. Universidad del Norte. Instituto de Estudios Superiores en Educación. Recuperado de <http://ylang-ylang.uninorte.edu.co:8080/drupal/files/DisposicionAmbienteAula.pdf>
- León, R., Mejía, A., Gandarilla, J. (2019). El ambiente como instrumento dinamizador del aprendizaje. Revista CAGI.
<https://www.cagi.org.mx/index.php/CAGI/article/download/327/634/1468>
- Mampaso, J., Carrascal, S. (2020). El espacio como elemento facilitador del aprendizaje y de atención a la diversidad. [Artículo en línea]. Disponible: <https://doi.org/10.55777/rea.v13i25.2092>
- Medina, A. y Larios, M. (2019). Ambientes educativos y desarrollo integral. Instituto Politécnico Nacional.
- Ministerio de Educación Nacional. (2020). Estado de la educación en Colombia 2020
- Piaget, J. (1970). La psicología del niño. Morata.
- Rodríguez, A., López, S. (2019). Desigualdad educativa en Colombia: un análisis crítico. Educación y Sociedad, 11(3), 17-34.
- Rogers, C. (1969). Libertad para aprender. Merril.
- Romero Espinosa, J. M. (2024). Impacto del clima áulico en el rendimiento académico de